

**IMPORTANTE:**

### **Al público**

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

**IMPORTANTE:**

### **A LOS CORRESPONSALES**

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 10, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

# **LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

N.º 226

25 cts.



**SU PROPIA  
NOVELA**

**POR  
ALICE BRADY  
DAVID POWELL  
NITA NALDI**

**Filmoteca**  
de Catalunya



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12  
Administración { Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 226

---

## SU PROPIA NOVELA

Intrigante comedia, de asunto real, interpretada  
por los siguientes artistas:

Alice Brady,	en el "rôle" de	Ana Ayyob
David Powell,	"	Yusuf Kurban
Robert Ellis,	"	Howard Fiske
Florence Dixon,	"	Isabel Fiske
Charles Gerrard,	"	Conde Rostoff
Nita Naldi,	"	Condesa Rostoff

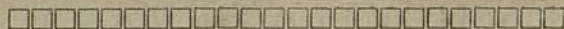
---

Paramount Pictures Corporation

EXCLUSIVA DE  
SELECCINE, S. A.

---

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
IVAN MOSJOUKINE



# SU PROPIA NOVELA

## Argumento de la película

Escondida entré los rascacielos neoyorquinos vegeta la colonia siria de la gran urbe; la más tenaz de las colonias extranjeras en permanecer en la ribera del Hudson.

Ana Ayyob, una humilde camarera de un humilde café sirio, atraía con su gentileza a numerosos clientes.

Muchos habían intentado conquistarla, con más o menos lucrativas intenciones; pero se habían llevado chasco todos, pues la muchacha sabía dónde tenía su mano derecha, y a tiempo daba el merecido a los osados conquistadores...

La concurrencia del establecimiento no era precisamente muy interesante, y si bien entre algunos inofensivos parroquianos había sujetos de mal vivir, nunca ocurría nada en desprestigio del local ni en su perjuicio pecuniario tan sólo, por cuanto Ana y el patrón se encargaban de no quitarles la vista de encima.

Ana era, por decirlo así, una muchacha muy lista. El policía de guardia en el barrio del café, conocía a la camarera y la consideraba como ella se merecía. Pocas veces había tenido que intervenir en cuestiones planteadas con ciertos consumidores de la tienda, pues Ana sabía salir de apuros por sí misma.

Una vez que un turco pretendió hacer pasar por las manos de la camarera una moneda extranjera como del país, Ana salió a la calle en seguimiento del avisado individuo y le obligó a que le cambiase dicha moneda por otra.

El turco se resistía a complacer a la camarera, pero como ésta no cejaba en su empeño, dispuesta a llamar con sus protestas la atención de todo el vecindario, hubo de agachar las orejas.

El guardia contempló desde lejos la escena, sin acercarse al grupo porque había visto en él a Ana. Llevando ella la batuta, nada había que temer.

Así fué, y al regresar Ana al café, el guardia le salió al paso y le dijo:

—Bien, Ana, bien...

Ella le miró con una encantadora sonrisa en los labios, y repuso:

—¡Estos turcos son el diablo! ¿Se habrá figurado que acabo de llegar esta tarde?

—Si hubiese muchas como usted, los guardias urbanos tendríamos que buscarnos pronto otro empleo.

—No diga usted eso... Ustedes están bien donde están, aunque sólo sea para adorno de la calle...

El guardia celebró la bromita, que a las mujeres les está permitido hasta el burlarse de los hombres, sobre todo si son bonitas; y Ana se reintegró al establecimiento.

Así que entró, un cliente osó propasarse con ella,



muy interesado por sus visibles encantos, y en justa correspondencia supo de las caricias de la palma de la diestra de la hermosa.

Siad Coury, el sirio propietario del cafetín, que se dedicaba a otros negocios más provechosos que el café y los pastelitos, acababa de salir de detrás del mostrador para atender a un amigo que hacía su aparición en aquel momento en la casa.

Coury y el recién llegado sorprendieron la bofetada administrada por Ana al osado parroquiano, y se rieron.

El amigo de Coury era Yusuf Kurban, propietario a su vez de un elegante restaurante del Broadway neoyorquino, que había enseñado a aquél a hacer dinero con rapidez.

Kurban iba, como correspondía a su categoría en la sociedad, vestido a la moderna, y sus maneras eran tan distinguidas como su continente.

Su buena situación financiera le autorizaba con sinrazón a creerse digno de la realización de sus caprichos, y uno de ellos, que se le acababa de ocurrir, eran los tiernos favores de la gentil Ana.

Se aproximó a ella, y con ademán de abrazarla le dijo:

—¿Verdad que no me tratarías a mí de esa manera, Ana?

La camarera se desasíó de él al momento, y por toda respuesta oyóse una sonora bofetada.

La mejilla izquierda de Kurban no ignoraría en adelante el calorcillo de la mano de Ana.

El incidente fué pronto olvidado por el vanidoso, pues otros asuntos de más importancia y trascendencia requerían su atención.

Los dos amigos hablaron quedamente.

—La mercancía ha llegado hoy en el vapor "Turkestan". Mañana o pasado la sacaré de la Aduana — dijo Coury.

—Está bien. Te recomiendo mucha discreción — contestóle Kurban con ojos codiciosos.

Y continuaron hablando.

En tanto, allá en Park Row, centro periodístico de la metrópoli, situado a no mucha distancia del barrio sirio, Carlos Fiske, propietario y director de uno de los periódicos de mayor circulación de Nueva York, trabajaba activamente en su suntuoso despacho.

Howard Fiske, su hijo, era, a pesar de todos sus defectos, un joven que revelaba inteligencia y deseos de hacer algo de provecho si se presentara ocasión.

Howard tenía la fatal manía de llegar tarde a la oficina, y su padre, molesto por tal causa, le llamó al orden.

—Bueno, Howard, ¿vas a comenzar a estas horas el trabajo de hoy o el de mañana? — le dijo consultando el reloj de pared.

Howard no cambió el color ni se puso a temblar. Conocía a su padre, su mejor amigo; y contestó así a su reproche:

—Quien se acuesta temprano y madruga, no puede relacionarse con ninguna persona notable.

—Sí, sí... pero eso no puede continuar... ¿comprendes?

—No te enojés. Te traigo una noticia estupenda. Me han dicho una cosa que, si es cierta, puede ser la historia más sensacional que el periódico publique en todo el año.

—¿Qué te han dicho?

—¿Te acuerdas del rumor aquel de que las joyas



de la corona rusa habían entrado de contrabando en Nueva York enviadas desde Constantinopla?

—Me acuerdo...

—Pues me he enterado de que esas joyas van a pasar por la aduana con destino a un cafetín del barrio sirio.

—¿Qué cafetín?

—No sé, pero me encargo de averiguarlo.

Sin pérdida de momento Howard practicó varias pesquisas, y una de ellas le llevó al café donde trabajaba Ana.

Kurban no estaba en él, y antes de salir había hecho varias recomendaciones a Coury.

—Ten mucho cuidado con los agentes de aduana. Hemos despedido a uno de la banda y ha jurado delatarnos. Yo me encargaré de él. ¡Tengo unas ganas de echar las manos al pescuezo de uno de esos charlatanes!

Coury no pudo reprimir un gesto de temor. Si el empleado despedido de la banda llevaba a cabo su venganza, era seguro que iría a parar el primero a la cárcel, por cómplice.

Kurban le tranquilizó, convenciéndole de que al citado empleado no le interesaba delatar a la banda, pues sería delatarse a sí mismo; y despidiéndose, dejóle encargado que tan pronto hubiese recibido el género, se lo mandase al Club de los Cincuenta, una sociedad compuesta de miembros de la buena sociedad, que no podía inspirar desconfianza alguna.

Howard entró en el café como un observador de todo lo exótico. Paseó su vista por el establecimiento, y Coury le examinó de pies a cabeza con los ojos muy abiertos. ¿Sería un agente de la policía secreta? ¿Tal vez un extranjero?

El nuevo cliente se acercó al mostrador, y pidió un pastel, buscando, mientras se lo comía, conversación con Coury.

El sirio cayó en el error de creer a Howard un nuevo visitante de la gran ciudad.



*Howard la ayudó a subir...*

—Sí, señor — respondió a unas palabras suyas—; vendo un poco de café, ajos, dátiles... Mi tienda es muy pobre, señor. Los negocios están muy malos.

Ana estaba en el sótano del local. Howard impedía



con el peso de su cuerpo que aquélla pudiese levantar la trampa, pero al oír un repiqueteo nervioso en la madera, se apartó; y la muchacha, al asomar su cabeza por la abertura tuvo tal sorpresa al ver al joven desconocido mirándola con insistencia, que soltándose sin saber cómo, cayó al fondo del sótano, con los rosarios de ajos que rodeaban su cuello y otras mercancías.

Howard la ayudó a subir, temiendo que se hubiese lastimado; y poco después, simpatizando con ella, le pareció que acaso algunas declaraciones suyas le alumbrarían el camino que debía conducirle al coronamiento de su empresa.

Ana no había querido nunca dar palique a ningún cliente, pero tratándose de Howard estaba dispuesta a no separarse de su lado mientras él no se lo ordenare.

Howard se sentó a un velador, y Ana le siguió allí y le sirvió la consumación que había pedido.

Luego, por decir algo, recordando su caída al sótano, exclamó:

—¡Maldita sea!

Howard extrañóse de ello, y se permitió censurarla.

—¿Quién le ha enseñado a usted a hablar de esta manera?

Atropelladamente, deseosa de que su nuevo cliente no tuviera queja de ella, Ana respondió:

—Es lo primero que aprendí a decir cuando llegué. ¿Qué mal hay en ello?

—¿No sabe usted que eso es una ordinariez?

En el bolsillo del delantal llevaba Ana un pequeño diccionario, y en él buscó la palabra ordinariez, enterándose con confusión de su verdadero significado.

A continuación, lamentando su "ordinariez", dijo humildemente:

—Siento mucho haber dicho eso que dice usted que he dicho... No volveré a decirlo.

—En una señorita como usted no suenan bien ciertas palabras. Pero veo que tiene usted un buen guía para corregirse... —añadió Howard, refiriéndose al diccionario.

—La maestra de la escuela nocturna me ha dicho que mire en él las palabras que no entienda.

—Eso está muy bien.

Siguieron hablando, y su naciente simpatía empezaba a inquietar a Coury, que no se movía del mostrador.

En el despacho del padre de Howard llegaba en aquellos momentos su hija Isabel, mariposa de sociedad. Preguntó por su hermano.

—Howard ha salido por un asunto del periódico — comunicóle el padre.

—Me extraña, pues me prometió que nos esperaría a mi amiga y a mí aquí para llevarnos a cenar al Club de los Cincuenta.

—No tardará en venir. Si se tratase de trabajar no te lo aseguraría, pero tratándose de ir a cenar, no faltará a la cita.

—Esperaremos, papá, y, mientras, hablaremos contigo.

Howard, en el café sirio, se olvidaba de su cita con su hermana.

Ana se mostraba muy complaciente con él, y no era cuestión de desperdiciar su complicidad.

—Es un café de primera. ¿Lo reciben muy a menudo de Constantinopla? — le preguntó saboreando el negro y aromático estimulante.



—Coury dice que espera otro cargamento mañana o pasado.

—Claro. Reciben partiditas de vez en cuando...

Decididamente, se decía Howard, no había perdido el tiempo. Había llegado al convencimiento de que las joyas irían a parar al cafetín de Coury. Estaba de enhorabuena.

Al salir del café, Ana le despidió en la puerta; y luego, reuniéndose con el patrón, le dijo, entusiasmada:

—Parece que le he hecho buena impresión a ese señorito.

Coury la miró con oculta burla, y le respondió abriendo latas de café:

—¡Ya lo creo! Como que no volverás a verlo en los días de tu vida.

—¿Por qué no?

—Porque esa gente no mira a las muchachas de tu clase más que desde la altura de su compasión...

\*  
\*\*

El Club de los Cincuenta era un lujoso lugar en el que las estridencias del "jazz" tenían más importancia que la buena comida.

Kurban, su propietario, se decidió abrir el restaurante a fin de que sus socios pudiesen alternar con la gente rica de la ciudad.

El *conde* Rostoff, un granuja internacional y socio de Kurban en sus nebulosos negocios, estaba allí aquella noche, esperando a su hermana, la *Condesa*, cuya belleza era poderoso imán que atraía voluntades y amordazaba muchas bocas.

Kurban y el *Conde* hablaron a solas.

—Nuestro cargamento de *café* está ya en la aduana. Coury lo despachará de mañana a pasado mañana.

—¡Magnífico! Si no surgen dificultades a última hora, haremos el gran negocio. La *Condesa* va a traernos esta noche a esos millonarios de Pittsburgo. Se han tragado la bola y tienen grandes deseos de comprar las joyas.

—Tu hermana es un elemento inestimable de nuestra banda.

Poco después llegaba la *Condesa* acompañada de los nuevos ricos que estaban decididos a comprar las joyas de que aquella se atribuía la propiedad.

La hermosa aventurera sentóse en una mesa con los millonarios, que estaban un tanto violentos en aquel ambiente de gran etiqueta, y muy misteriosamente les dijo:

—¡Por Dios!... Que mi hermano no sepa que tengo intenciones de vender las joyas. No quiere desprenderse de ellas por nada del mundo.

La pareja de asnos con dinero prometieron ser discretos, dispuestos a todo por la vanidad de entrar en posesión de las costosísimas y magníficas joyas rusas.

Howard y su hermana y la amiga de ésta cenaban en el Club.

Al ver a la *Condesa*, Howard fué a saludarla, haciendo lo propio el *Conde* con la hermana del periodista, de la que estaba enamorado... sin olvidar la dote...

La *Condesa* tenía asimismo respecto a Howard intenciones matrimoniales; y, al parecer, el joven se complacía en relacionarse con ella.

Después de la presentación de Howard a los mi-



llonarios, y de las palabras triviales de rigor, la *Condesa*, al iniciar la despedida su amigo, le dijo, apretándole con delicadeza la mano:

—Recuerde que le reservo el primer baile.



—Esta noche no quiero bailar con nadie más que con usted.

No se olvidó de ello Howard, y durante la danza, mientras el *Conde* hacía lo propio con Isabel, la *Condesa* murmuró al que ansiaba pescar para marido:

—Esta noche no quiero bailar con nadie más que con usted.

Al día siguiente, Howard volvió al café de Coury. Ana había hecho varios apuntes en el diario de su vida, a la luz de humilde lámpara, la víspera.

Todos ellos se referían a la aparición en su vida, como algo soñado que llega, de Howard.

Se expresaba en sus confesiones con encantadora ingenuidad.

Decían las notas:

*Hoy ha venido un señorito. Me ha sonreído tan dulcemente que me he caído emocionada escaleras abajo. He dicho ¡maldita sea! y él me ha advertido que esto es una ordinariéz. Ya no volveré a decir ordinariéces.*

*Es muy guapo, digo, muy simpático.*

Coury recibió a su distinguido cliente sin recelo alguno. Estaba lejos de sospechar que iba a su establecimiento para espiar la llegada del café con las joyas ocultas en algunos de los botes.

Howard encargó una bebida, y Ana le vió al salir de su cuarto.

El corazón daba tumbos en el pecho de la enamorada. Eran tan grandes sus deseos de presentarse ante él, que iba a alcanzarle precipitadamente, pero se contuvo: debía arreglarse un poco, para causarle inmejorable impresión.

Desapareció por unos instantes hacia su cuarto, y volvió a la tienda luciendo sus mejores ropas.

Coury iba a llevarle a Howard la consumación, pero Ana se la quitó de las manos y se encargó de llevársela ella misma.

Al verla, Howard la saludó afablemente, y le dijo, por la bebida que le traía:

—Merci beaucoup.



—¿Cómo? ¿Qué ha dicho usted? — inquirió sorprendida Ana.

—Esto, en francés, equivale a decir muchas gracias.

—¡Ah! No lo sabía... Pero me gusta mucho. Voy a apuntarlo en mi libreta.

—¿Qué libreta es esta?

—Es... es... mi diario. En él apunto todas las palabras nuevas que aprendo. Mi maestra dice que yo acabaré escribiendo una novela.

—¿Quiere usted dejarme leer ese diario?

—Es que...

—¿Hay algo que no deba saber?

—No... no... pero... Es decir, tome usted... Lo escrito, escrito está...

Howard hojeó la libreta y detuvo su vista en el siguiente apunte:

*En América, los hombres andan siempre muy de prisa y son muy serios, pero siempre tienen una sonrisa para las muchachas.*

—Muchas gracias por los americanos, señorita — le dijo.

Ana maltrataba entre sus dedos un ángulo de su delantal. ¿Qué le diría cuando hubiese leído lo otro... aquello... la confesión del primer encuentro? ¿Lo leería?

Sí, lo leyó, y un poco emocionado, Howard le estrechó la mano, murmurando:

—Es usted una buena muchacha, Ana.

Ella le sonrió contemplándole con embeleso, y repuso:

—Ahora me corresponde a mí darle las gracias... Y me ha gustado mucho que me haya usted llamado Ana.

Coury había mandado un empleado a la aduana, para que sacase de ella el cargamento de café; y hacia el atardecer le vió llegar con la mercancía, sin que nadie le hubiese molestado en camino.

El mismo ayudó al carretero y al empleado a entrar las cajas en el café, y precisamente al recibir el envío se sintió acometido por la sospecha de que Howard estaba allí para presenciar dicha llegada de café.

Disimuló su nerviosismo, para que Howard no sospechase a su vez, y cuando el café estuvo descargado y en el establecimiento, dijo a Ana, a quien Howard había preguntado ya si aquel era el café que el dueño esperaba, respondiéndole afirmativamente:

—Vete corriendo a llevar estas latas al señor Kurban, al Club de los Cincuenta. Dile que son del nuevo envío, que acaba de llegar.

Howard miraba con sumo interés las latas que Coury entregaba a Ana, decidido a no perderla de vista cuando saliese.

Pero Coury le allanó el camino, pues dijo, guiñándole el ojo:

—Quizás el señorito quiera acompañarte, Ana...

Desde luego, Howard no se opuso, y Ana salió con él, más contenta que nunca.

La intención de Coury al unir a Howard a Ana era digna de buen perro. Seguramente Howard, si, como él sospechaba, era alguien interesado en descubrir el paradero de las joyas de contrabando, obligaría a Ana a entregarle las latas, para verificar su contenido, y se llevaría chasco, pues en ellas no había más que café. En otras latas se hallaban las joyas, pero Howard ya no tendría ocasión de sospechar más.

La primera idea de Howard había sido esa, en



efecto, pero como tampoco era necio, la invitación que el sirio le hizo de acompañar a Ana se le antojó un pretexto para alejarlo del café a fin de poder abrir las cajas sin temor a testigos...

Ana hablaba animadamente, y con Howard llegó al parque del Palacio Municipal, rodeado de altísimos edificios, el cual era, para su imaginación, un jardín de ensueño.

Fijándose en el palacio, comentó como un iluminado:

—La torre de este edificio es, para mí, como la misma América. Aunque se empiece por muy abajo, con constancia, todo el mundo puede llegar a la cúpula.

Esas palabras que partían de un alma noble con un ideal sagrado, asombraron a Howard, que rechazó instantáneamente todos los recelos que había llegado a inspirarle Ana, a quien no pudo menos de decir:

—¡Y yo que sospechaba de usted!...

Ana consultó su diccionario, para asegurarse del sentido de la palabra "sospecha", y tan pronto lo supo respondió a Howard con melancolía:

—Le comprendo... Usted se había figurado que yo era mala.

—Sí, Ana, pero ya no. Y se lo voy a demostrar. ¿Puedo confiar en usted?

—¿Por qué no? Haré todo lo que usted me mande.

—¿Podría usted averiguar adónde va a parar el café que recibe Coury? ¿No habrá algo más que café en los paquetes?

—No sé... no sé... ¿Por qué lo dice usted?

—Porque me parece que dentro de algunas latas se esconde algo que a su patrón no le interesa ense-

ñar a nadie... Conviene obrar de prisa... Si averigua usted algo, llame a este número del teléfono.

Y le dió una tarjeta con unas cifras.

Luego Ana cumplió el encargo de Coury; y al regresar al café, encontró al patrón envolviendo otras latas.

El sirio le preguntó, disimulando el interés que tenía para él su respuesta:

—¿Qué te ha dicho el señorito ese?

Sin vacilar, Ana le desconcertó:

—Me ha dicho que debía usted darme más sueldo.

—Más sueldo... Más sueldo... Más trabajo debió decir...

—Pues no me lo dijo; es decir, si que me lo dijo, pero fué de esta manera: Para ti, más sueldo; para tu patrón, más trabajo.

—Vete a dormir, vete...

Ana cubrió la máquina registradora, el escaparate de los pasteles, y se dispuso a retirarse; pero llamándole la atención lo que hacía Coury, vió que se iba a llevar unas latas de café, y recordó el encargo de Howard.

Poco después, Coury salió del café, siguiéndole Ana a poca distancia.

El sirio entró en el Club de los Cincuenta, subiendo a un piso reservado, donde le esperaban los *condes* de Rostoff y Kurban.

Los aventureros abrieron codiciosamente las latas, y aparecieron ante sus maravillados ojos las preciadas joyas por las que pagarían un precio fabuloso los necios millonarios.

La *Condesa* acariciaba voluptuosamente las piedras preciosas, y lentamente Ana se introdujo en la habitación donde la banda se hallaba reunida.

En su afán de descubrir lo que había en las latas,



la ingenua camarera no pensó en que la iban a descubrir y que podía costarle cara su audacia.

La *Condesa* fué quien la vió primero, apenas hubo salido Coury de la casa con buena suma de recompensa, retrocediendo presa de miedo.

Kurban y el *Conde* se asombraron al ver allí a Ana y la miraron con ira.



*Ante tal recibimiento, Ana se dirigió hacia la primera puerta...*

Ante tal recibimiento, Ana se dirigió hacia la primera puerta que le vino a tiro, y antes de que valieran las amenazas de los aventureros, desapareció hacia el comedor del Club, que era adonde conducía dicha puerta.

Kurban tenía intención de seguirla, pero el *Conde* le detuvo a tiempo, diciéndole:

—No entres. Sería capaz de armar un escándalo.

Y añadió, dirigiéndose a su hermana y a Kurban:

—Id los dos al cafetín de Coury y enteraos de lo que esa maldita muchacha se propone. Yo cuidaré de las joyas.

Los aludidos partieron al momento, y llegaron al cafetín casi al mismo tiempo que Ana.

Entró en el establecimiento Kurban. La *Condesa* quedó en el automóvil esperándole.

Entretanto, Coury se detenía en un bar para celebrar el éxito de su complicidad en el gran negocio de los aventureros, fumándose un puro de los de precio.

Kurban vióse con Ana, que no pudo rehuirle.

—Vamos, Ana. Lo pasado, pasado. Tú eres una muchacha bonita y lista y puedes ayudarnos.

Le ofreció un puñado de billetes.

—¿Se ha figurado usted que soy capaz de tocar un céntimo de este dinero robado? —dijole ella rechazando la oferta.

—No te pongas insoportable, Ana...

—He dicho que no. ¡Y no pararé hasta que le cuente al señorito amigo mío que todos ustedes son unos granujas!

—¡Como te atrevas a decirle nada, te mato!

—¡Pues se lo diré ahora mismo!

—¿Qué vas a hacer?

—¡Telefonarle!... ¡Oiga!... ¡Oiga!

—¡Maldita!

Lucharon. Ana se apoderó de un cuchillo y se lo hundió en el pecho a Kurban, que cayó pesadamente al suelo.



En aquel momento Coury, regresando a su café, encontraba a la *Condesa* esperando en el *auto*, y, sorprendido, acercóse a preguntarle qué motivaba su presencia allí.

Ella le enteró de lo ocurrido, y al entrar los dos en el establecimiento, encontraron a Kurban ensan-



—¿Se ha figurado usted que soy capaz de tocar un céntimo de este dinero robado?

grentado, y vió Coury huir hacia su cuarto a Ana, despavorida.

La *Condesa* incorporó a Kurban, para que hablase, y dijo el herido:

—La he sorprendido hablando por teléfono y, al luchar con ella para impedirselo, me ha dado una cuchillada.

—¿Ha tenido tiempo de hablar con alguien? — preguntóle aterrada la *Condesa*.

—No... no... — balbució Kurban.

La aventurera dió un suspiro de alivio.

Simultáneamente, Coury pretendía apoderarse de Ana, pero llegó demasiado tarde a su habitación, pues acababa de deslizarse por la ventana a la calle, huyendo en la noche loca de miedo...

\*  
\*\*

Durante mucho tiempo, Ana se perdió en el torbellino de la gran ciudad. De camarera pasó a dependiente de una tienda; de esto a costurera, siempre remontándose hacia su suprema ambición: escribir una novela.

Un día, Coury se presentó en casa de los *condes* de Rostoff, y les dijo, preocupado:

—Los agentes de la policía han vuelto a registrar la tienda.

—¿Sospecharán de alguno de nosotros? — arguyó el *Conde*.

—Es posible que Ana haya perdido el miedo y se lo haya contado todo a ese sujeto que se presentó en mi establecimiento apenas llegó a la aduana el envío de las joyas — opinó Coury.

—La he seguido los pasos durante un año — dijo tranquilamente la *Condesa*—. Ahora vive en una casa de huéspedes de la calle 17.

—Pues iré a verla — prometió Coury.

Un poco más tarde, a solas los falsos *Condes*, díjole la aventurera a su hermano:

—Lo mejor será que le demos esquinazo a Coury



y nos vayamos a pasar una temporada en Europa hasta que nadie se acuerde ya de nosotros.

—Apruebo tu idea, porque, la verdad, no estoy muy tranquilo.

Aquel mismo día, Coury presentóse en la habitación ocupada por Ana en la casa de huéspedes que le indicara la *Condesa*.



*...remontándose hacia su suprema ambición: escribir una novela.*

Al ver a su antiguo patrón, Ana dió un salto en su silla, se puso en pie, y exclamó, las manos en cruz:

—¡Yo no lo maté, Coury! Me arrancó el cuchillo de la mano y, no sé cómo fué, pero se lo clavó él mismo.

—Calla, y responde a mis palabras: ¿ese desconocido lo sabe todo?

—Le juro a usted que no he dicho una palabra a nadie acerca de su café... No me he atrevido.

—Está bien; y ten en cuenta que, si dices algo, te mandaremos a la silla eléctrica.

Pasaron, para Ana, tres años de lucha constante, de persecuciones imaginarias y espantoso terror, de sufrimientos... pero también de progreso hacia el logro de sus ambiciones.

El Azar puso en manos del padre de Howard un libro titulado "Ana asciende", escrito por ella.

Lo leyó con interés, y se lo recomendó a su hijo, diciéndole sinceramente:

—Este libro está produciendo verdadera sensación. No conozco ningún autor extranjero que haya tratado el problema de la inmigración tan a fondo, ni que se haya identificado tanto con el espíritu del país. He querido averiguar quién es la autora del libro, pero no he conseguido saber nada. Quisiera encargarle una serie de artículos acerca del problema de la inmigración.

Howard hojeó la novela, y leyó en varias páginas:

## CAPITULO II

### REVELACION DE AMERICA

*Con la emoción que puede suponerse salimos de la estación de inmigración para contemplar los altísimos rascacielos que, subían hasta las nubes...*



## CAPITULO VI

## AMERICA, LA MAESTRA

*Un día, en un oscuro cafetín del barrio sirio en Nueva York...*

## CAPITULO XVI

## EL MEJOR EMPLEO

*Parece que fué ayer cuando sola, sin empleo, sin saber apenas ni leer ni escribir, acerté a ver en un periódico la sección de "Ofertas de Empleo". Para mí, aquellas mágicas palabras, que deletreaba con dificultad, eran como un mundo de ilusiones, de doradas promesas. Desde aquel día he des- empeñado más de una docena de empleos propios de mi sexo.*

Howard, a medida que iba leyendo, recordaba... y dijo a su padre:

—Noto una extraña relación entre esto y la vida de una jovencita que conocí en el barrio sirio. Me gustaría encontrarla.

—El que más cerca ha estado de descubrirnos a la autora del libro es un abogado, llamado Fullerton, que es el que se ocupó de todo lo necesario para que su publicación fuese anónima. Pero Fullerton se negará a darnos su nombre.

—Voy a ver a Fullerton; es posible que consiga convencerle.

Howard no demoró su visita al citado letrado, en cuyo gabinete Ana trabajaba como secretaria.

Al entrar Howard, Ana desaparecía por orden del abogado hacia su despacho, para poner a máquina unas cartas.

Howard la vió de espaldas, no pudiendo, por tanto, reconocerla...

El abogado negóse a dar a Howard el nombre de la autora del libro, así como su dirección, para que él pudiese ir a visitarla; pero le autorizó a mandarle una carta, haciendo proposiciones para colaborar en el diario, la cual su secretaria tomaría al dictado.

El abogado, no sospechando que Howard conocía a Ana, llamó a ésta, quien al reconocerle se ocultó el rostro con la mano que le quedaba libre, mientras con la otra atendía al dictado.

Howard dijo pausadamente:

—Mi querida Ana: Hay en el mundo una sola persona capaz de escribir "Ana Asciede". ¿No he oído yo de sus propios labios los sentimientos tan hermosamente expresados en su libro? Nunca he podido apartar de mi memoria aquella noche en que los dos solos, bajo el hechizo de aquellos grandes edificios...

Ana se reía pensando en la sorpresa que iba a darle a Howard cuando se descubriese, y el abogado, perplejo, objetó a su visitante:

—Oiga usted... ¿Eso es una proposición comercial, o una carta de amor?

—Es verdad... Usted no sabe... Perdóne... Haga el favor de leerme el último párrafo que le he dictado, señorita.

Ana lo hizo, apareciendo ante Howard espléndidamente hermosa, sin mano que ocultase su rostro.

—¡Ana! — exclamó el periodista—. No me extraña no haberla reconocido. ¡Está usted completa-



mente transformada! ¿Por qué no me llamó por teléfono aquella noche?

—Intenté hacerlo, pero no me fué posible.

—La he buscado a usted por todas partes...

El abogado, que iba de asombro en asombro, tosió para que no le olvidasen.

—Ejem... Pero... ¿qué clase de proposición es la que ha venido usted a hacer? — dijo a Howard.

—Es cierto. He venido a hacerle una proposición, Ana. ¿Quiere usted escribir una serie de artículos acerca del problema de la inmigración?

—Existen razones, muy poderosas por cierto, por las cuales el nombre del autor de mi libro debe siempre permanecer secreto.

—Nadie más que mi padre y yo lo sabremos. Se lo prometo. Por favor, consienta.

—Bien, acepto.

\*  
\*\*

Al comenzar el otoño, la hermana de Howard y su tía regresaron de la playa francesa de Deauville.

El conde y la condesa de Rostoff habían estrechado mucho su amistad con los Fiske en la famosa playa de moda, y regresaron con las dos mujeres.

Mientras preparaba la serie de artículos que le encargaron, Ana hacía frecuentes visitas a los Fiske.

Howard, cada día más interesado por Ana, no pudo ocultarle por más tiempo su amor, y una tarde, en el jardín, a solas, le habló con emoción.

—Deseo tenerla siempre a mi lado, Ana. Jamás me pareció todo tan bello como teniéndola a usted junto a mí. ¡Yo la amo, Ana!

Ella se apartó, como temerosa de su contacto. Había algo invisible que los separaba.

—¿Por qué se ha de levantar esta infranqueable barrera entre nosotros? — dijo Howard.

—¡Pero si, en realidad, no nos conocemos...!

—¡No nos conocemos!... ¿Qué será, pues, el no haber dejado un solo momento de pensar en usted desde aquella noche que la vi por primera vez en el cafetín del barrio sirio?

—Nuestro pasado, nuestras vidas, han sido tan diferentes... Tenemos que estar seguros, completamente seguros de nosotros mismos. ¿Me promete que seremos amigos, nada más que buenos amigos, por mucho, muchísimo tiempo?

—Si esa es una manera de demostrar a usted mi adoración, se lo prometo, Ana.

Los condes de Rostoff fueron invitados por los Fiske a pasar unos días en su casa, e Isabel, orgullosa de poder tener como huéspedes a sus "distinguidos" amigos, ofreció una fiesta en su honor.

Mientras la Condesa hablaba con Howard, confiando aún en hacerlo suyo, Ana salía de las habitaciones superiores, para reunirse con los de la casa y los invitados.

La Condesa y Ana se reconocieron inmediatamente, y al ser presentadas, dijo la primera a la segunda, escudriñando en sus miradas:

—¿No nos hemos visto antes de ahora en alguna parte?

Muy segura de sí misma, Ana repuso:

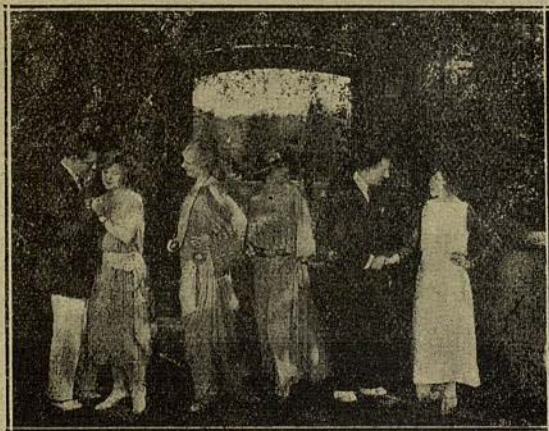
—Sí, creo que fué en Deauville, una noche que cené con el príncipe Kosslof.

Pero la batalla estaba presentada, y poniéndose de acuerdo con su hermano, la Condesa se avistó con



Ana, y recordándole la muerte de Kurban creyó asegurarse para siempre su silencio.

Aquella noche, Howard insistió, lleno de pasión, en que Ana aceptase ser su esposa; mas ella, por no descubrirle el secreto que le impedía darle una prueba del gran amor con que correspondía al suyo, negóse a ello.



—*Le deseo a usted toda la felicidad que se merece.*

Por su lado, el *Conde* aprovechaba el tiempo, logrando prometerse con Isabel, que no cabía de gozo ante su próximo matrimonio con todo un noble que le daría el título de *Condesa*.

La noticia fué muy agradablemente recibida por

Howard, la *Condesa*, la tía y el padre, los cuales felicitaron efusivamente a la pareja.

El *Conde* se olvidaba de ocuparse un poco de Ana, y a indicación de la *Condesa* se acercó a ella y le dijo:

—¿No me felicita usted?

A lo que ella replicó secamente:



—*¡Yo he llamado a la policía!*

—*Le deseo a usted toda la felicidad que se merece.*

Estaba como atontada. Retiróse a su habitación, y en ella, anteponiendo a todo la felicidad de los Fiske, de Isabel, principalmente, una mujer buena, como ella, decidió avisar a la policía acusándose de la muerte de Kurban.



Comunicó con la Central de Policía por teléfono, rogando que se personasen varios agentes en el domicilio de los Fiske.

Un par de horas después, sin que nadie sospechase nada, llegó la policía.

El señor Fiske entró en el salón donde estaban reunidos sus invitados, y dijo en broma:

—¿Hay alguno de ustedes que se dedique a fabricar licores? Lo pregunto porque ahí fuera hay un inspector de policía.

Los *Condes* palidieron y miraron a una a Ana.

En los ojos de la antigua camarera leyeron los falsos nobles la verdad, y trataron de huir.

Ana se opuso a su fuga, colocándose delante de la puerta de salida hacia el jardín.

—¡Yo he llamado a la policía! — gritó entonces—. ¡No saldrán ustedes, Condes de cartón, sin hablar con ella!

Isabel miraba indignada a Ana. Esta se le acercó y pronunció con emoción:

—Siento mucho causarle este dolor, pero hubiera sido peor que se casase con un granuja.

El policía que mandaba el piquete que llegó, dijo a Ana, que se entregaba como asesina de Kurban y que él apartó sonriente, agradeciéndole su comunicación de hacía un par de horas:

—¿Es usted la denunciadora? Muchas gracias.

Con la policía había llegado Coury.

Ana había creído que éste estaba allí para declarar en contra suya; preo no fué así, pues el jefe de los guardias, preguntó al sirio, señalando a los *Condes*:

—¿Son estos los dos granujas que le ofrecieron a

usted mil dólares por ayudarles a pasar aquellas latas de café?

—Sí — afirmó Coury.

—¡Cobarde! ¡Delator! — le gritó la *Condesa*.

Coury salió de sus casillas.

—¿Creíais que me iba a estar sin chiistar, tan tranquilo en la cárcel, después de abandonarme como se abandona a un perro tiñoso? — dijo a la aventurera. Y añadió, compadeciendo a Ana por lo que la pobre había sufrido—: Y ahora voy a descubrir a la policía dónde está Kurban.

—¿Kurban? — repitió Ana—. Pero ¿no murió?

—Estos granujas te hicieron creer que habías matado a Kurban para que no te atrevieses a delatarlos.

El policía había hecho una seña a un subalterno, y éste desapareció para regresar al momento con Kurban, que hacía poco que había sido descubierto.

Ana respiró, al fin, tranquila, y un poco después, mientras los *Condes* se iban con la justicia a purgar sus delitos, y la desengañada Isabel lloraba su primera herida de amor, de la que, afortunadamente, pronto sanaría, Ana y Howard, al fin derribada la barrera que rechazaba su felicidad, unieron sus besos en un supremo anhelo: casarse.

Howard le preguntó:

—Bueno, Ana, ¿cuándo nos casamos?

—*Kalehi* — respondióle ella.

—¿*Kalehi*? ¿Qué es eso?

—Esto, en mal sirio, quiere decir "cuanto antes".

Y cumplieron como quienes...

FIN

Revisado por la censura gubernativa.



**PRÓXIMO NÚMERO**

La preciosa novela

**La mujer de los gansos**

Creación del gran actor JACK GICKFORD  
secundado por notables artistas  
NOVELA DE GRAN ASUNTO

Postal-fotografía regalo: LILLIAN RICH  
"La Novela Semanal Cinematográfica" sale todos los miércoles

Precio: 25 CÉNTIMOS

SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS

Coleccione usted los sugestivos libros de la  
BIBLIOTECA *Los Grandes Films* de

**La Novela Semanal Cinematográfica**

Títulos de los libros últimamente publicados:

*Cenizas de Odio*  
*El Rajá de Dhamagar*  
*El difunto Mattas Pascal*  
*La marca de fuego*  
*Los Hijos de Nadie*  
*Pescador de Islandia*  
*La 8.ª mujer de Barba Azul*

Próximamente: *El Beso de la Victoria*  
o *La Corte de Luis XV*